

E P I S T O L A R I O

DESTINATARIO

LUGAR

A Eloy Alfaro

26 de Diciembre, 1874

A Don Francisco Moscoso

30 de Julio, 1866

Al Ministro en el Perú (?)

A Don Ramón Toledo

Ipiales

20 de Septiembre, 1871

Al Sr. Luis E. Miranda

Ipiales

26 de Agosto, 1879

E P I S T O L A R I O

DESTINATARIO

LUGAR

A Eloy Alfaro	_____	26 de Diciembre, 1874
A Don Francisco Moscoso	_____	30 de Julio, 1866
Al Ministro en el Perú (?)	_____	_____
A Don Ramón Toledo	Ipiates	20 de Septiembre, 1871
Al Sr. Luis E. Miranda	Ipiates	26 de Agosto, 1879

EpistolarioLugarFechaReceptor

A Cloy Alfaro

Don Francisco Moscoso

al Muroto en el Perú (?)

a Don Ramón Toledo

al Sr. Luis E. Miranda

Ipirales

Ipirales

26 de Diciembre 1874

30 de Julio 1866

20 de Septiembre 1871.

26 de Agosto 1879

La Habana, Abril 30 de 1932.

Librería Franco-americana
México. D.F.

Muy señores míos

placidez de su propia naturaleza. Y yo mismo había ido con el plan a la botica, i mientras así estubo, yo mismo le aplicaba los remedios! Y a él le consta que a él. le debe la vida, porque positivamente salió del sepulcro!

Pergele l. por cierto, Señor Doctor Zuleta, que de hoy para adelante pueden irse a las infirmerías todos los reves i ingratos del mundo, sin que yo moleste a él. en pedirle una receta.

No sucedería así tampoco, que se agravase: sigame l. — Hacen dos o tres meses que estoy padeciendo una grave molestia, la cual es un hervimiento febril de la sangre por todo el cuerpo, así como talgo al sol i camino una o dos horas. No es comezón, sino dolor frecuente bajo la epidermis, como picaduras de aguja, i tan efímeras, que a veces me desesperan. Tan pronto como entro en casa i se refresca el cuerpo, desaparece el hervimiento, i por completo, quedando yo sano i bueno, hasta que vuelvo a salir. Cuando el hervimiento se despierta i corre por todos los miembros, veo la sangre derramada en un garfollido muy rojo, que genera ser muy desagradable; lo cual no dura más mientras me siento i reposo, i todo queda en su color natural.

Debo decir a él. que mis funciones están perfectamente arregladas, i que mis hábitos i costumbres son de Anacoreta. Por donde me inclino

a creer que esta enfermedad es fuertemente nerviosa; tanto mas cuanto que el mismo efecto que producen en mí el calor i la agitación física, producen las emociones del ánimo: un vómito de cólera, de sorpresa, de risa, i allí está el homínzuelo, aunque no tan vehemente como cuando camina al sol. Mi temperamento es bilioso-nervioso, i siempre he padecido algun efecto de esta constitución tan sensible a los males.

Debo decirle que la enfermedad de que he hablado ahora poco, nada tiene que ver con la presente, porque no fue sino una lastimadura ~~en~~ en la canilla; aunque es cierto que entonces mis-
mo principié a sentir la molestia que me aqueja. Cuando hago buen ejercicio, no me falta disposición para comer: duermo tambien, aunque no como un bienaventurado. En cuanto a las causas que no puede combatir el médico, son en mí grandes i numerosas; pero no he brío medio de atenuar esta incomodidad, mientras me la quite del todo con el sacudimiento de un cuéjate? Este es mi modo de curarme, mas por ahora no está en mi mano; i así agradezco a U. en el alma me hiciera alguna indicación epícora.

Cuando escriba al Dr. Uribe, dirase saludarle a mi nombre; i a U., Doctor, las expresiones mas sencillas de

su atento i seguro servidor

Francisco Montalvo

Señor Don Ramon Toledo

Ipiiales 20 de Septiembre de 1971

Muy señor mío:

He recibido un recado de Ud. acerca de preguntarme si llegó a mis manos el plan curativo que yo había pedido a Ud. para Espinel. Mientras estaba yo a observar los efectos de dicho plan para comunicarlos a Ud., caí a mi vez en cama donde permanecí cerca de dos meses. Supe después que Ud. se había ido a Popayan como diputado a la Legislatura i esperando tomarle con nuevas ocupaciones, ha sufrido un retardo esta carta que le debía.

Las indicaciones de Ud. fueron seguidas inmediatamente i al pie de la letra, i con efectos tales, que el enfermo salió andando sano y bueno dentro de poco, sin que hoy le queden ni rastros de la enfermedad. No me admira el que este hombre haya omitido el deber de urbanidad i gratitud que le obligaba para con Ud., cuando con indignación le he visto faltar hasta a la verdad; pues su primera diligencia cuando salió a la calle, fue decir que su curación no la debía a Ud. ni a nadie, sino a la generosidad de su propia naturaleza y yo mismo había ido en el plan a la botica, i mientras caí enfermo, yo mismo le aplicaba los remedios! Y a él le consta que a Ud. le debe la vida, porque positivamente salió del sepulcro!

Tenga Ud. por cierto, señor doctor Toledo, que de hoy para adelante pueden irse a los infiernos todos los ruines e ingratos del mundo, sin que yo moleste a Ud. en pedirle una receta.

No sucederá así conmigo, que sé agradecer: óigame Ud.- Hace dos o tres meses que estoy padeciendo una gran molestia, la cual es un hormigueo feroz de la sangre pues todo el cuerpo, así como

salgo al sol y camino una o dos cuabras. No es comezon, sino dolor permanente bajo la epidermis, como piquetes de aguja y tan ejecutivos, que a veces me desesperan. Tan pronto como entro en casa y se refresca el cuerpo, desaparece el fenómeno, y por completo, quedando yo sano y bueno, hasta que vuelvo a calentarme. Cuando el hormigueo se despierta y corre por todos los miembros, veo la sangre derramada en un zarpullido muy rojo, que quiere ser engranujamiento; lo cual no dura sino mientras me siento y reposo, y todo queda en un color natural.

Debo decir a Ud. que mis funciones están perfectamente arregladas, y que mis hábitos y costumbres son de anacoreta por donde me inclino a creer que esta enfermedad es puramente nerviosa; tanto mas cuanto que el mismo efecto que producen en mí el calor y la agitación física, producen las emociones del ánimo: un movimiento de cólera, de sorpresa, de risa, y allí está el hormigueo, aunque no tan vehemente cuando camino al sol. Mi temperamento es bilioso-nervioso y siempre he padecido algun efecto de esta constitución tan ocasionada a los males.

Debo decirle que la enfermedad de que hice cama ahora poco, nada tiene que ver con la presente, porque no fue sino una lastimadura en la canilla; aunque es cierto que entonces mismo principié a sentir la molestia que me aqueja. Cuando hago buen ejercicio, no me falta disposición para comer: duermo también, aunque no como un bienaventurado. En cuanto a las causas que no puede combatir el médico, son en mí graves y numerosas; pero no habría medio de atenuar esta incomodidad, mientras me la quito del todo con el sacudimiento de un viaje? Este es mi modo de curarme, mas por ahora no está en mi mano; y así agradecería a Ud. en el alma me hiciera alguna indicación eficaz.

Cuando escriba al Don Uribe, sírvase saludarle a mi nombre; y a Ud. doctor, las espresiones más cumplidas de su atento y seguro servidor

Juan Montalvo